

literalidad de la visión: dos emblemas goethianos

JUAN BARJA

Cuanto emprende el hombre [...] ha de surgir de la unión de todas sus energías. Todo lo aislado es recusable.

--Johann Wolfgang von Goethe



Entre las varias representaciones —y ahí ya dadas como autopresentaciones— que hace el artista a lo largo de su vida —y aquí hablamos de Goethe: a lo largo de 'su' y de 'nuestra' vida, o de la suya ya en tanto que 'nuestra'—, y una que se dilata hasta nosotros en calidad de *presentación*, es decir, donación como presente, se nos han conservado dos *emblemas* en los que el poeta se nos muestra entregado a su hacer —doblemente entregado, en persona y en obra (obra como persona/persona como obra, doble máscara, presentación de sí, desde lo otro, en lo otro de sí: *desdoblamiento*). Dos textos (dos imágenes, porque eso es el texto —todo texto, y el texto como todo—) desde su desvelada superficie a su fondo aparente: radical.

Desde una un hombre escribe, dibujado como autor —trazador— de su escritura (el texto como trazo y la traza del texto se entrelazan aquí *en 'su'* tejerse inacabable, en el reflejo doble de un reflejar la forma: de su forma). El autor *se dibuja* como 'actor', se 'describe' en un *se* tan personal (vale decir también: *enmascarado*, re-vestido de sí como pro-yecto, lo que ahí *se* proyecta desde sí) como puro arte-facto: transitivo. El que escribe se escribe, el que escribe se inscribe, en su interior; un interior del texto que se nos revela —se nos da— como exterioridad que se transcribe (la del interior donde se muestra —y nos muestra, a nosotros, al mostrarse—): el escritor, en

J.W. GOETHE.

Goethe (?) en su estudio de Frankfurt, ca. 1773-1775. Lápiz, aguada y acuarela sobre papel, 17 x 11,4 cm. Klassik Stiftung, Weimar

acto, con la pluma sujeta a lo que escribe (o quizá lo que anota, o lo que traza: ¿no estará dibujando ese dibujo que vemos dibujar, ante nosotros?), y el caballete, al tiempo, en primer plano, mostrando el exterior (¿de ese interior?): el paisaje del texto —tras el texto— y el envío incesante: su re- envío: del texto hacia la imagen/de la imagen al texto, doble espacio; de lo interno a lo externo, y al contrario, repitiendo su doble movimiento, de lo natural al artificio que es ya toda cultura —toda naturaleza: cultivada—. El cultivo de sí, y de lo nuestro, el ámbito contiguo —(dis)continuo— que se re- produce: como arte.

En otra 'falta' el hombre (en apariencia), la apariencia del hombre, que re- torna (sin haberse ido nunca) reflejado en la obra: su rostro, su inscripción, escritura/diseño; y re- aparece el espacio —su ámbito: nosotros, incluidos aquí, como testigos, la *visión literal*: de lo que mira—. La letra —lo que muestra— es lo que ve, y lo es *por* su mostrarse, en lo que vuelve: la mesa, el caballete, la ventana —interior/exterior, como paisaje total, en el que el texto regresa sobre sí, inacabable—. (La sospecha de nuevo: ¿no es la imagen del lugar como tal —de aquel espacio del arte como espacio, para sí— lo que dibuja, allí, el dibujado (el *presentado* que *se re- presenta*)?)

Y ahí brilla, de 'nuevo', en una ausencia que es ya toda su forma ('nuestra', al fin).



J.W. GOETHE. Esbozo de su lugar de trabajo en Frankfurt, en una carta dirigida a Auguste, condesa de Stolberg, 1775. Plumilla en marón sobre papel blanco, 11,5 x 18 cm. Museo Goethe, Frankfurt